PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Julio 1919. Núm. XIII - AÑO II

ARIEL

Conferencia dada en la Universidad bajo el patrocinio de la Asociación de Maestros y Maestras.

Señoras, Señores:

Invitado por la Asociación de Maestros para dar una conferencia sobre José Enrique Rodó, como homenaje tributado a su memoria en el triste aniversario de su muerte, no he podido negarme a ese petitorio, al que doy cumplimiento, determinado por un propósito de admirativa reverencia hacia el alto ingenio desaparecido y de un sentimiento de amor, que lo deseo comunicativo y noble, por el ejemplo de su vida y la hermosura incomparable de su obra de artista.

Ninguna tribuna más indicada que esta, para desenvolver en el tono sencillo de una conversación, los comentarios que sugieren a nuestro espíritu, las armonías de su estilo finamente cincelado con el empeño pertinaz y el calculado deseo, de tejer en la urdimbre de los vocablos, como un orfebre en la materia inanimada de los metales, delicados y primorosos encajes.

MUSEO HISTORICO NACIONAL - BIBLIOTECA

BBA041319

Y ningún auditorio más escogido, por su especial preparación que el que me escucha, para analizar los conceptos que los anima como un fuego interior, que va encendiendo en sus fibras corrientes de optimismo, y que con sus reflejos, proyecta sobre sus contornos la luz apacible de un ideal reconfortante para nuestros ensueños y nuestras esperanzas.

Es en ambientes de cultura saturados de un anhelo de saber, en íntimo recogimiento espiritual, sin afectaciones teatrales que perturben la serenidad del discurso, donde debemos hablar de la obra intelectual de este filósofo, estilista y poeta, predicador de ideales y profesor de optimismo, que hizo de la voluntad el instrumento eficaz de nuestro perfeccionamiento.

Para su mejor comprensión, necesitamos disponer la sensibilidad al ritmo melodioso de su estilo, y el entendimiento, al sentido profundo de sus cláusulas; en las que, podrán notarse reminiscencias de viejas ideas y visibles sugestiones de otros pensadores, pero que, en la forma con que las reviste y por la tendencia que las inspira, adquieren el sello inconfundible de una originalidad personal.

Y para acercarnos más en nuestros pensamientos, desearía conocer las fórmulas invocativas que en las religiones, utilizan los oficiantes para conseguir la aparición del misterio, a fin de que nuestra comunión se haga sagrada y la emoción nos embargue, al sentir cómo llega a nosotros del seno de la luz donde mora en la inmortalidad de nobles y bellas formas en alas del genio del aire, a concedernos la gracia de su compañía inmaterial.

No es mi intención hacer un estudio analítico y completo de la obra total de José Enrique Rodó; sólo me propongo concretar mis comentarios en Ariel, su libro de la juventud, espontáneo y lozano, donde afirmó con cautivante nitidez los valores fundamentales de su pensamiento filosófico, que en sus obras posteriores desenvuelve sin

modificarlo en su esencia y como finalidad permanente de su prédica, ómo sucede en la estructura de las orquestaciones donde se multiplica sin que nunca desaparezca, el motivo inspirador y la melodía inicial.

Si habría que clasificar dentro de algún género, su obra filosófica, vacilaríamos para pronunciarnos de inmediato; pues, no se define claramente en una construcción sistemática. Sigue una marcada orientación espiritual, lo bastante amplia para no excluír ningún concurso, pero al mismo tiempo lo bastante firme para no perturbarse en su idea generatriz, sin definirse en un principio único. No es dogmático, ni exclusivista; es ecléctico y expansivo. En vez de sumergirse en las abstractas especulaciones metafísicas de la causa de las causas, que planean sobre las realidades efectivas de las cosas y sobre la emoción sensitiva de la vida, prefirió ser como los ríos, que sin preocuparse de los cursos de agua que los alimentan, se deslizan hacia un destino ignorado, reflejando en imágenes de cristal sobre su onda líquida, la hermosura cambiante de sus riberas; auríferas bajo la gloria del sol, o empalidecidas a la luz mitigada de los astros.

Firme en su punto de apoyo para emprender el vuelo, seguro en la fuerza de sus alas, se lanzó sin vacilaciones a la prédica de un ideal, vago e indeterminado en su expresión concreta, pero fuertemente significativo en su médula, como para despertar en la conciencia adormecida de todo un continente, un anhelo de selecciones morales, que levantándose por encima de las preocupaciones utilitarias, fuera rectificando en el alma de la colectividad con el « cincel perseverante de la vida », los torpes vestigios de un sensualismo grosero e inferior. Su ideal, no es el sectarismo que se dirige hacia un propósito determinado de definitivas realizaciones y que se afirma con la energía de los axiomas y se prestigia en fórmulas breves de rigideces geométricas; no es tampoco, la fé intolerante del propagandista de un culto, que en su

fanatismo niega la verdad o la belleza de las tendencias que lo contraríen; su ideal, es la aspiracion espiritual, que al libertarse de las voluptuosidades del instinto, se agita como un ala anhelante de luz en la serena región de las ideas, en busca de lumbre para sus antorchas cuya luz se amortigua consumiéndose a sí misma, de nuevas constelaciones que la guíen en los brumosos horizontes, y de escondidas fuentes donde aplacar la sed inextinguible de perfeccionamientos.

Es un ideal activo en su dinamismo transformador, que no conoce renunciamientos ni desesperanzas; es el «renuévate» de Marco Aurelio, nutrido por nuevas savias, que vibra como una insinuación, en las armonías de Ariel, y es motivo esencial, manifiesto e insistente, en las sonoras polifonías de Motivos de Proteo.

Nacido para la acción, busca en ella su substancia propia y los elementos idóneos de su existencia; amplio y expansivo, se multiplica en las diversas corrientes de la vida, atento a todas las solicitaciones y dispuesto a todos los reclamos; curioso con la ingenua curiosidad de los niños, y a la vez, perspicaz con la sagacidad experiente de los sabios; flexible y dúctil como materia plasmante apta paralas metamórfisis, se va transfigurando como en el mito de la leyenda helénica, y en su obsesión de belleza, es cambiante y seductor, como el mar inquieto y mágico. Sin dogmas que lo limiten en su potencia radiante, adquiere por natural impulso, una absoluta tolerancia en su prédica y en sus sanciones, que lo conducen por un sentimiento de piedad, originado en la comprensión, que sólo se detiene en «la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos» a una total generosidad para cualquier iniciativa, y para cualquier actitud, que consigo traigan una chispa del divino fuego y el tono emocional de un sincero entusiasmo.

Pero esta misma imprecisión en sus normas, esta falta de orientación que le hace acoger en forma simpática

como en una inmensa caja de resonancias, el clamor de todas las inquietudes, que del fondo del alma se eleva pidiéndoles a la religión, a la filosofía y a la ciencia, la palabra definitiva del gran secreto generador de la decepción y de la duda, si es una cualidad máxima de la transigencia y un poderoso estímulo para el amor, lleva en su propio seno, elementos corrosivos capaces de neutralizarlo en la acción de sus impulsos activos.

Esa misma generosidad, que es atributo virtual de su contextura proteiforme, puede conducirla por ley de gravitación, a culpables complicidades con extravíos, que, si se justifican por la sinceridad de sus propósitos y la nobleza de sus móviles, deben ser contrariados en su error.

Puede transformar en fuerza dispersiva lo que debe ser una fuerza concentrante, que al despertar la fe, provoque la esperanza y haga florecer en entusiasmos, a la voluntad que crea, al sentimiento que inspira y a la idea que gobierna.

Si deseamos mantener la virilidad del esfuerzo para que nunca pierda « en la sonrisa, un altanero desdén del desengaño », y conservar intactos, los « misteriosos estímulos » de « las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor », no basta confiarlo, sin derrotero y sin brújula, a la eterna renovación de las cosas; porque, el flujo y reflujo de esa marea incesante, al hacerlo girar por los más opuestos círculos, disolverá sus energías en el vacío de la infecundidad. El espíritu de empresa reclama para su eficacia un valor afirmativo, que anatematizando a la duda y abominando del escepticismo, posea un sentido crítico, lo bastante humano para convencer sin torturas con el poder lógico y legítimo que proporciona la verdad, pero a la par, lo bastante autoritario, para imponer su acatamiento y su imperio.

La neutralidad del eclecticismo, si bien provoca la paz de las conciencias, venciendo a las discordias en la hibridez de las transacciones, no genera nunca, ni la heroici-

dad ni el sacrificio, pues, transforma a los combatientes «en el indolente soldado que milita bajo las banderas de la muerte por su falta de decisión viril. La historia nos demuestra, que los grandes movimientos colectivos que han marcado un ritmo ascendente en el progreso humano fueron realizados por multitudes apasionadas en un ideal absorbente y exclusivista. Así como la prudencia es la enemiga de la felicidad en la conducta individual, en el genio de las muchedumbres, es el resorte que retiene las iniciativas audaces y adormece con el narcótico del temor al entusiasmo resuelto de las aventuras.

Perdonad, señores, este desacuerdo espiritual, con la tendencia que informa la prédica del maestro; pero no estaría a la altura de su sinceridad, si por un escrúpulo de reverencia que no debe ser servidumbre, guardara en silencio mis reservas, traicionando a mi propio pensamiento.

Pero hay tales encantos en la forma de sus conceptos, tanta serenidad y armonía en su estilo; en su entendimiento nitidez tan transparente, y discreción tan distinguida en su prédica, y todo ello está envuelto en una elegancia tan helénica, de proporción y de medida tan justas, que lo que no hubiera podido obtener el convencimiento con el solo auxilio de la razón y de la lógica, lo logra espontáneamente y por manera decisiva, la hermosura incomparable de su arte, que conquista a las almas por la emoción de su belleza.

Este es el mérito superior, la condición máxima de la obra filosófica de Rodó; que nos conduce a clasificarlo, en el grupo de los poetas que como Guyau buscaron en la filosofía, materiales para su prosa lírica, y que hicieron de la estética, asunto de disquisiciones filosóficas; que abandonando el egoísmo del arte por el arte, hallaron en el culto de la belleza, algo más que un motivo de divagaciones artísticas donde la fantasía despreocupada de toda finalidad social, se entrega libremente a la visión de sus ensueños; hallaron también un poder educativo en el sen-

timiento de lo bello, capaz de conseguir por sugestión, lo que el simple raciocinio con la aridez de sus métodos no suele conquistar.

Los que busquen en la totalidad del pensamiento de Rodó, las premisas trascendentes de la metafísica desenvueltas en la unidad de un sistema, y con sus conclusiones condensadas en afirmaciones sentenciosas, sólo hallarán una marcada despreocupación, casi una indiferencia desdeñosa por esas especulaciones. Es indiscutible, que la modalidad del ambiente, sin excluir la vocación natural de su temperamento poético, como también la autoridad del positivismo contiano, lo indujeron a no levantar los velos de Isis, dejando que la intuición adivine por sus solos medios, el gran secreto que envuelven.

Los que ahondando en el elemento básico de su obra, quieran hallar una síntesis sociológica, arrancada con criterio científico del proceso histórico, mediante el análisis de los múltiples factores que lo engendran, sólo percibirán en la selva rumorosa de sus armonías y en la serenidad de sus pórticos, confusos anhelos de mejoramiento, que confían al « ideal que vendrá » como un mesías al impulso de la renovación, el consuelo de los que sufren y esperan en la inquietud y en la duda.

Su filosofía, es un amable discurrir sobre la superficie de las cosas, buscando en las apariencias de la verdad el sentimiento de belleza que las anima. Es sin disputa un pretexto literario más bien que una inclinación vocacional. Pero filósofo o poeta, es ante todo y por encima de todo, un supremo artista; y por unánime acuerdo de las voluntades, el primero en la prosa de América.

Hubo un momento de amargo pesimismo en la conciencia del mundo, cuando en las angustias de una crisis intelectual, prestigiosos voceros anunciaban desde altas cátedras la bancarrota de la ciencia, que venía a agregar una nueva desilusión en el eterno peregrinaje del saber humano.

Los dioses y la suprema razón enmudecían en los altares abandonados; un sensualismo pronunciado y materialista, cuyo antecedente era el positivismo científico, inspiraba a las tendencias artísticas un marcado gusto por las groseras manifestaciones de la naturaleza, en las que el «manto de la fantasía» era tan diáfano, que apenas disimulaba la cruda «desnudez de la verdad»; el ensueño de los clásicos, de los románticos y de los místicos, se hallaba confinado entre elementos subalternos, en los sórdidos dominios de las conveniencias utilitarias; los profesores de energía, desalojaban a los profesores de idealismo; la gracia del Atica que se fecunda en el placer del ocio noble, consumía sus más puros afanes, en el estéril yermo de las codicias púnicas.

América latina, no se sustrajo a las consecuencias de esta crisis; se atisbaban los horizontes a la espera de un rayo de luz, y se auscultaba el silencio para advertir el más leve rumor; y fué en estas condiciones y en momento oportuno, cuando el desconcierto se hacía en las almas, que José Enrique Rodó, dijo su verbo de vida y de esperanza a los valores espirituales adormecidos en el marasmo de las energías utilitarias, y su voz armoniosa y persuasiva, fué la alondra que anunció las claridades de una nueva aurora.

El idealismo surgía de su prédica, incontaminado en la plenitud de su belleza, como en las excavaciones de los arqueólogos los mármoles clásicos en la triunfal soberanía de su hermosura.

La fe, el entusiasmo y la esperanza, germinando como flores de encantamientos en los dominios luminosos de la idea, sofocaban las torpes inclinaciones de los que buscaban en el cieno de los pantanos, el barro propicio para sus realizaciones sensualistas; y la voluntad, encadenada a la voluptuosidad de los instintos, que como las águilas de la leyenda mitológica le roían sus entrañas, fué libertada de su condición abyecta y cobró alas para el vuelo de las altas conquistas.

No se inquirieron los rumbos, sólo bastó adquirir la confianza de que ellos existían, para lograrlos con la avidez entusiasta de las aventuras. La voz magistral de Rodó, produjo el milagro de nobles energías en la generación de todo un continente; y aun cuando sólo puso en su tono profético una simple «nota de esperanza misiánica» en la invocación del «ideal que vendrá», fué lo bastante eficaz para iniciar un nuevo ciclo en el proceso evolutivo del pensamiento americano, que le otorga, con plena ejecutoria, el título máximo de mentor y de guía de idealismo en hispano-américa.

«Ariel,» fué su escudo y su lanza en la cruzada; y el genio del aire, su numen protector.

II

Sólo deseo, señores, en esta conferencia, detener mis comentarios en «Ariel»; considerado con toda justicia, como el evangelio de la nueva fe que ha impregnado en las almas superiores optimismos, suministrando piadosos consuelos a los desencantos y gratas promesas a la duda.

Procuraré ser el exégeta fiel de sus preceptos y el glosador crítico de sus ideas que, en notas marginales, irá anotando sus conformidades y sus disidencias.

Y voy a dirigirme especialmente a los maestros, pues, a ellos les corresponde la delicada misión de hacer llegar al alma de los niños, cuando recién le entregan a la vida las ingenuas y candorosas ilusiones de sus sueños, ese «cincel perseverante» de que nos habla el maestro, que se forja en la voluntad fuerte en sí misma y exenta de desengaños al iluminarse en la luz del ideal, y que los preparará para la acción combativa con todas las aptitudes de la fortaleza, y la enérgica decisión del triunfo.

Voy a dirigirme a ellos, para prevenirles que, si desean salvar los destinos de un pueblo, deben cuidarse, mucho, para que en esa arcilla que a sus manos llega, cuando caigan las primeras chispas del pensamiento, no se destruyan las huellas de sus ilusiones.

Ese alto propósito educativo, que debe ser la norma inalterable en la labor magisterial, podemos encontrarlo, siguiendo las enseñanzas de este libro, cuya esencia divina oxtracré con la unción religiosa de los oficiantes.

La Tempestad de Shakespeare le proporciona los símbolos que le servirán de elementos fundamentales para el desarrollo de la obra; Ariel, Caliban y el sabio Próspero, son las expresiones poéticas de la idealidad, del sensualismo y de la voluntad, que en lucha permanente, van disputándose la conquista del pensamiento humano.

El mago Próspero, provocando por medios de encantamientos la aparición de Ariel, sentimiento ideal de la vida, germinado al conjuro de la belleza, es la voluntad que, seducida por los fuertes instintos de la animalidad que la sujetan a la tierra, invoca a la razón para ir en sus alas, hacia el confin de la armonía, de la gracia y de la espiritualidad, que como vagas quimeras anidan en las difusas perspectivas del ensueño. Es la voluntad, en un anhelo de perfeccionamiento, venciendo en si misma sus bajas inclinaciones, y depurandose en ese fuego lustral, de «los vestigios de Caliban, símbolo de sensualidad y torpeza».

Es la voluntad forjándose el instrumento de su propia redención en la fragua de la perseverancia, del entusiasmo y de la fé.

Es la voluntad, agente realizador de la selección humana, que se manifiesta, no como el atributo único y omnipotente de la superioridad, según la prédica de los energéticos, sino como el medio eficaz y siempre subordinado al sentimiento inspirado en la justicia y en el amor, que, al vibrar en el concierto de las ideas, ha dejado de ser fuerza impulsiva para transformarse en potencia moral.

Actividad en perpetua acción renovadora, consiguiendo con su sólo esfuerzo pertinaz y continuo «los bienes de los dioses» al precio del trabajo.

(Continuará) CARLOS M. PRANDO